

Lugar y no lugares de la filosofía

Marc Richir

Traducido por M. Isabel Ackerley (CONICET. Argentina)

A¹ condición de que aceptemos tomar una distancia o un retroceso, por lo demás necesarios a la crítica, respecto del conjunto de la actividad filosófica de hoy –tal y como suele desarrollarse en las universidades, en resonancia a veces extraña con los lugares mediáticos destinados a un público más amplio–, tenemos la sensación de que la filosofía está amenazada con desaparecer, por ruptura o diseminación de su discurso al contacto con los “objetos” sobre los cuales pretende reflexionar: se trate de la ciencia, de la técnica o de sus objetos, de los propios discursos filosóficos, de la cultura, de la sociedad, de la historia, etc., parece que, una y otra vez, el sentido de interrogación esté captado por las aparentes restricciones propias del objeto examinado. Así pues, si nos referimos a aquello que ya ha tenido lugar en la tradición occidental, la filosofía aparece, cada vez más, como un *modo de discurso* que mediatiza, de manera más o menos académica o pedante, otros modos de discursos o de manifestaciones como en una suerte de elemento tan lábil como neutro, y que no es sino una nueva *retórica* –suerte de teoría implícita, pero supuestamente general, de todos los discursos y prácticas culturales. Es como si la filosofía, a la que, clásicamente, y dentro de sus modalidades institucionales resultantes del siglo XIX, se le supone ser la ciencia directriz de las otras ciencias, y ser la única que puede abrirles a éstas un acceso a su objeto específico, hubiese estallado en una suerte de metodología meta-teórica y meta-práctica, pero a su vez siempre teórica, más o menos crítica y más o menos sometida a aquello que pretende estudiar.

Los no lugares de la filosofía

Si digo “como si”, es que este juicio, las más veces pronunciado de modo aseverativo, sin ningún tipo de modalización es, de hecho, y para hablar como Kant, un juicio teleológico reflexionante, haciendo de la contingencia histórica (la dispersión del sentido y de su pregunta entre una multiplicidad desparramada de sentidos parciales y regionales) una necesidad, que no cabría sino admitir como la ineluctable necesidad de la modernidad, coextensiva de la muerte de la “metafísica”, tantas veces proclamada desde hace ya algo más de un siglo a esta parte. Ahora bien, ¿qué es necesario constatar, precisamente, y prejuzgando lo menos posible su sentido, como el estado de hecho reinante, a día de hoy, de la cultura? Lo que aparece como una “crisis de sentido”, bastante más profunda aún de lo que sospechó Husserl en la *Krisis*, es un estallido y una dispersión del sentido en diversos sentidos, manifiestos desde la segunda mitad del siglo XIX, y que la filosofía escolar, en su forma institucional, ha intentado, con mayor o menor tino, conjurar desordenadamente mediante una suerte de enciclopedismo teñido de eclecticismo. Tentativa manifiestamente vana si recordamos que la mayor parte de las grandes invenciones de

¹ NdT: La referencia del texto original es: [Lieu et non-lieu de la philosophie.pdf](#) (publicado en 1988 en *Autrement*). Debemos a la página web de Sacha Carlson, www.laphenomenologierichirienne.org el haber tenido acceso a este texto. Por lo demás, agradecemos a Pelayo Pérez García una última revisión de esta versión al castellano que aquí publicamos, y a Pablo Posada algunos consejos atinentes a problemas de traducción.

nuestro tiempo se han llevado a cabo en su contra, o le han sido ajenas: desde las refundaciones de la matemática (teoría de la relatividad, mecánica cuántica) hasta la elaboración de nuevas disciplinas antropológicas, a veces abusivamente consideradas como “ciencias” (psicoanálisis, etnología), a veces más cercanas a un enfoque nuevo en el proceder científico (lingüística). Estos campos se ofrecen a día de hoy con una autonomía tal, al menos aparente, que examinarlos tal y como *pretenden darse* a nosotros puede conducir el proceder filosófico, y por lo tanto crítico, a *disolverse* puramente y simplemente en ellos.

Estos supuestos exámenes filosóficos de las diversas prácticas contemporáneas conducen a lo que por mi parte denomino como otros tantos *no-lugares* de la filosofía. No-lugares en el sentido corriente ya que, dentro de esta suerte de retórica de la que hablaba, el campo considerado permanece finalmente indiferente. Pero no-lugares, igualmente y acaso sobre todo, en el sentido jurídico de un “no ha lugar”², puesto que el examen en cuestión viene a ser, por regla general, *no concluyente* respecto al objetivo perseguido, que es el de comprender mejor. Por ejemplo, un proceder epistemológico que estudia una axiomática sin preguntarse por sus motivaciones, por los problemas y cuestiones insolubles que pretende disimular bajo la alfombra, equivale a aceptarlo tal cual y así transformar el proceder filosófico en proceder lógico-matemático.

Del mismo modo, preguntarse al infinito, tal y como hacen los filósofos analíticos, por las variaciones de sentido de una expresión según los contextos, se resume en hacer el inventario de las mismas, en sobre-codificar el ejercicio de la palabra, y en marrar su enigma constitutivo, que es la movilidad de las significaciones, no ya alrededor de los polos invariables fijos en los diccionarios, sino en relación a los *sentidos* que son dichos y están por decir a través de y entre dichos términos, y que nada puede codificar *a priori*, a menos que practiquemos un verdadero hara-kiri del pensamiento. Lo que de este modo queda tan laboriosamente inventariado no es más que una débil parte de lo que cada quien ya sabe en la práctica viviente y siempre relativamente imprevisible, por cuanto es práctica inventiva, de la palabra: manera de reconocer, aquí, el no lugar³ a que antes me refería.

Por lo tanto, el enciclopedismo ecléctico de la filosofía institucional no está, a día de hoy, muerto: de hecho, jamás estuvo así de floreciente, jamás fue así de prolífero; proliferación favorecida, sin duda, por la prodigiosa extensión social de una cierta cultura “universitaria”. Incluso cabría producir, y acaso ya haya sido esto acometido, una “sociología filosófica” de los problemas de tránsito y circulación vial. Habría ahí material para un bonito pastiche de no pocos “discursos” contemporáneos, y que pondría en juego las categorías de dentro y de afuera, de identidad y de diferencia, de flujo y de estabilidad, de representación y de realidad, de conciencia y de inconsciente, de social local y de social global, de privado y de público, de incomunicable y de comunicación, etc. La cuestión no es entonces ni mucho menos que este tipo de discurso sea o no imposible, faltaría más, sino la de saber hasta dónde y a partir de qué punto es susceptible de poder ser reconocido como *filosófico*.

Tanto hoy como en el siglo XIX y anteriormente también, la gran ilusión de la filosofía institucional ha estado en creer que con una cierta modalidad de discurso, llamado filosófico, los individuos podrían adquirir por lo menos un cierto *dominio* de los otros tipos de discurso. Sin embargo, en la mayoría de los casos, el enciclopedismo

² NdT: Como cuando, en el contexto de un juicio, se dice de una objeción o de un argumento que “no ha lugar”, que “no procede”, que carece de pertinencia.

³ NdT: Una vez más el “no haber caso” en sentido jurídico: no haber lugar a conflicto, no ser, la pretendida causa, pertinente. En eso se resumen, según Richir, buena parte de las contribuciones de la filosofía analítica.

eclectico apenas si desemboca, en el mejor de los casos, a otorgar la posibilidad de hablar con mayor o menor habilidad en torno a cualquier tema. Siempre cabría, y también sería tan divertido como difícil llevarlo a cabo, escribir el famoso capítulo de *Bouvard et Pécuchet* dedicado a la filosofía. Es este pedantismo filosófico, imperante por doquier, lo que sin duda también ha motivado, en muchos de nuestros contemporáneos, acaso hasta límites criticables, pero de los que somos responsables en gran parte, un auténtico odio de la filosofía, que es otra expresión de la “crisis” de sentido de la que hablaba. Si los científicos, a día de hoy, experimentan una desconfianza instintiva ante los filósofos, es sin duda porque, por sentido común, tienen la impresión de que les pagamos en “billetes falsos” – hablo de aquellos, que, ciertamente, se cuentan con los dedos de una mano, que no están encerrados en un dogmatismo muy metafísico a su vez.

La filosofía como camino y como residencia

El gran descubrimiento griego de la filosofía define su lugar verdadero (que ni es un territorio, ni coto de caza) por cuanto el camino que es trazado por el pensamiento para *desvelar* la cosa ya es parte de la cosa, o que la cosa examinada no se revelará tal o cual sino según el procedimiento, las más veces *ya* determinado de tal o cual manera, que entendamos seguir para estudiarla. No existe por lo tanto filosofía sin puesta en tela de juicio del trazado del camino, sin la experiencia *concreta* de que pensar es siempre también ser tomado *de antemano* por pasos sobre las huellas de los cuales vamos a caminar para acceder a la cosa, por lo tanto, sin la reflexión correlativa de que el camino seguido, de hecho, ya se ha trazado sin que lo sepamos, y que ello no significa que sea el mejor o el más apropiado a la cosa. O también, sin que la cuestión del ajuste [justesse] de aquello que hacemos en relación a lo que ya siempre se ha decidido, y de lo que hemos de hacer en punto a esta decisión que nos precede y que ha de hacérsenos cuestión al menos tanto como la cosa misma.

En este sentido, la filosofía es necesariamente *reflexiva* y *crítica*. No es tanto que vaya a fijarse en uno o varios métodos, lo cual equivaldría a plegarse sin crítica a los pasos ya pisados, y por ahí a caer en la ilusión de un domino que, en rigor, no es sino autológico en la adecuación de sí consigo. Por el contrario, la filosofía ha de verse habitada por la zozobra de que el camino del pensamiento es necesariamente camino que vuelve sobre sus pasos, que retrocede en su progresión, al menos de desvanecerse en la posibilidad insensata de tales o cuales *resultados*, que precisamente eran aquellos se intentaba de antemano evidenciar, incidiendo en el paso ya trazado.

El lugar de la filosofía es aquel de un pensamiento *no tautológico*, porque reside en esa exigencia *de derecho*, imposible de satisfacer de hecho, que consiste en abstenerse de toda presuposición, en rechazar el dar simplemente por bueno todo lo dado, en remontar incesantemente hacia ese lugar crítico donde el pensamiento puede al menos sorprenderse en la suspensión de su realización que, de otro modo, no sería sino tautología. A decir verdad, ese lugar crítico es imposible de “ocupar”, pero en su inaccesibilidad misma permanece siendo el *hogar* crítico que da sentido a toda auténtica interrogación, a toda cuestión que no comporte de antemano, en ella misma, su respuesta.

El enigma del sentido a día de hoy

El desarrollo de las ciencias contemporáneas ha dispensado a la filosofía de la pesada tarea del conocimiento adecuado. Es la vertiente positiva de la “crisis del sentido”, ya que, *sobre el terreno que les es propio*, las ciencias positivas son efectivamente indiscutibles. Resta a partir de entonces, y cualquiera que sea el campo de práctica que consideremos, el lugar filosófico como lugar de interrogación aporética donde el sentido, volviendo sobre sí mismo, está, por así decirlo, *en obra*. Volver sobre los pasos propios y descubrir ahí, en virtud de esa vuelta, otras huellas que, a partir de entonces, ya no se habrán de seguir ciegamente, es descubrir la irreductible dimensión de *reflexividad intrínseca* del *sentido*, o sobre todo, *es hacer sentido* reinterrogándolo, porque es descubrir *que sentido [du sens] sólo cabe hacerse en la inadecuación a sí de éste, en su estar en falso de sí respecto de sí mismo*, en lo que conforma, a una, su temporalidad y su espacialidad intrínsecas, es decir, su *encarnación en el mundo*.

El sentido no reside en la identidad de la significación o la beatitud (aparente) de la contemplación narcisista, sino en la *inquietud*, el movimiento irreductible por el cual se busca y se pierde. El sentido no es concepto, manipulable como una clavija o una palanca, porque no está nunca sino parcialmente determinado. Filosofar, es pues interrogar el sentido y ello, no para hipostasiarlo en significaciones, sino *en vista de sí mismo, en vista de su propio enigma*. Trabajo in-finito, que tan sólo puede hacerse en común, en un espíritu de apertura a la indeterminidad al menos relativa del sentido, así como a la cuestión que nos anima, que hace sentido e historia. Que esta inquietud haya de topar con la *pasión de la determinidad* que a tantos hombres mueve, generalmente hasta lo patológico, que tenga que bregar contra una suerte de miedo atávico ante lo indeterminado tomado por “destructor” o “devastador”, de todo eso no cabe duda. Y no es esta empresa una balsa de aceite o un viaje de placer: el espíritu que la vertebra siempre ha estado, está, y estará amenazado. Porque según el viejo adagio: “quien no está con nosotros está contra nosotros”, y esos hombres nos sentirán siempre como extranjeros, como si tuviéramos de continuo un pie fuera de la fe que los anima y en pro de la cual enigmáticamente tienen necesidad de unanimidad.

He ahí por lo tanto, quizá, no tanto el lugar de la filosofía cuanto el lugar de los filósofos: en relación a los órdenes establecidos, en relación a los “establishments” de toda laya, tener un pie dentro y un pie fuera, estar en falso [être en porte-à-faux]. He ahí, en todo caso, lo que, por principio, debe escapar a toda tentativa unívoca de institucionalizar la filosofía, de darle uno o varios territorios socialmente reconocidos o negados. Porque – he ahí el milagro – jamás una forma institucional de la filosofía – ya sea la de los “grandes sistemas”, o esta otra, actual, de la dispersión – la ha detenido ni matado. No más ahora que en el pasado. Su lugar, tal como lo he intentado caracterizar, es móvil y fluyente, en perpetua disidencia a poco que miremos la Historia con suficiente perspectiva, y no, como es muy frecuente hoy en día, con la mirada varada sobre la actualidad.